

Varios

El intelectual y su memoria: Pedro Martínez Montávez

Entrevista: Mercedes del AMO y María Isabel LÁZARO

Transcripción e introducción: Mercedes del AMO

BIBLID [0544-408X]. (2003) 52; 229-254

A partir de este número inauguramos una nueva sección en *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos* que consistirá en la transcripción de biografías de arabistas españoles que se han ido realizando en Granada desde hace algunos años en forma de videos, siendo su denominación coincidente con la que se le ha dado en la Facultad de Filosofía y Letras a la idea original. *El Intelectual y su Memoria* es, pues, una serie de entrevistas hechas en público y grabadas en vídeo que se le han venido haciendo a intelectuales de primera línea. En este momento en la videoteca de la Facultad de Filosofía y Letras, y desde mitad de los años ochenta, se encuentra depositado un excelente fondo de datos autobiográficos inéditos de los profesores, escritores, artistas y otros personajes que pasaron por aquí. Este ciclo comenzó con la entrevista realizada a Don Emilio García Gómez y, en abril de 1990, a propuesta del Grupo de Investigación Estudios Árabes Contemporáneos, se hicieron dos capítulos seguidos: la del profesor Darío Cabanelas Rodríguez, entrevista realizada por la profesora María Paz Torres Palomo (24/04/1990), y la del profesor Pedro Martínez Montávez, realizada por la profesoras María Isabel Lázaro y yo misma (25/04/1990).

Fue una entrevista muy larga, de casi dos horas, realizada al mediodía de un día excepcionalmente caluroso en el aula García Lorca, cuando aún no contaba con aire acondicionado. Estaba abarrotada de público (entonces eran muy populares estas entrevistas) e inmediatamente se estableció una gran sentimiento de complicidad entre entrevistado, entrevistadoras y el público presente, que permaneció en el acto hasta la finalización del mismo. Fieles a los objetivos del ciclo, que pretende mostrar aspectos desconocidos de la vida de los personajes, las entrevistadoras hurgamos en la filosofía vital de Pedro Martínez Montávez, que en ningún momento declinó contestar de forma directa.

Han pasado ya trece años de aquella entrevista y el profesor Martínez Montávez se jubila este año, pero las cuestiones que le planteamos y sus respuestas siguen vigentes en muchos aspectos y he creído que transcribir esta cinta y publicarla en la

revista de nuestro Departamento sería el mejor homenaje que podría hacersele, a la vez que sirve de comienzo para la aparición de la transcripción posterior del resto de los vídeos que tiene relación con el arabismo. Así pues, comenzaremos aquí nuestra particular colección, en formato papel, de *El Intelectual y su Memoria*, esperando mostrar así facetas desconocidas de algunos de los arabistas españoles más insignes.

Decano (Manuel Sáenz Lorite):

Con el acto de hoy dedicado al Prof. Martínez Montávez, en el marco del ciclo *El intelectual y su Memoria*, llegamos a la madurez de esta inciativa cuyo arranque tuvo lugar en 1987. Muchos de los entrevistados hasta ahora provenían de ámbitos de la creación literaria. Hoy, con la presencia del Dr. Martínez Montávez, catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid, reconocemos su aportación al arabismo, y más concretamente, su apuesta por una línea de investigación enfocada al mundo árabe contemporáneo, que tantos discípulos y seguidores tiene en la actualidad, corroborando así su acierto y conveniencia en un ámbito en el que los estudios del árabe clásico tenían tanto peso y tradición.

Por circunstancias sobrevenidas (festividad del Patrón, programación de exámenes...) se ha dado la feliz circunstancia de organizar la presencia del profesor. Martínez Montávez el día siguiente a la entrevista realizada, dentro del mismo ciclo, al Prof. Darío Cabanelas, tras un periodo de inactividad en el desarrollo del ciclo *El Intelectual y su Memoria*.

Tal circunstancia ha determinado, por tanto, que en un muy corto espacio de tiempo podamos mostrar dos biografías de unos profesores universitarios que se han dedicado a los estudios del mundo árabe con planteamientos y líneas de preocupación diferentes.

El azar ha provocado que el inicio de este ciclo, coincidiendo con los comienzos del actual equipo decanal, se inaugurase con la entrevista realizada a D. Emilio García Gómez, insigne arabista. Hoy, en la etapa final del actual decanato, termina su periodo de mandato con las entrevistas de ayer y hoy con dos personalidades que han dedicado su vida y actividad científica al campo del arabismo. Quizás sea casualidad esta semejanza entre comienzo y final, lo que en absoluto es casual es el peso, prestigio y reconocimiento que los estudios árabes tienen en esta Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

Tanto el acto de ayer como el de hoy con el Dr. Martínez Montávez, se han llevado a cabo por la iniciativa del "Grupo de Investigación de Estudios Árabes Contemporáneos" del Departamento de Estudios Semíticos de esta Facultad. Y son dos profesoras de este Departamento quienes van a llevar a cabo la entrevista al Prof. Martínez Montávez, con quien mantienen unas excelentes relaciones académicas y perso-

nales. Por fortuna, no es la primera vez que contamos con la presencia y el magisterio del Dr. Martínez Montávez, tampoco será la última. Contar con él es todo un lujo y un placer, por ello mi agradecimiento como Decano de esta Facultad por haber aceptado este “interrogatorio” de dos colegas. Muchas gracias, Prof. Montávez, y también a ustedes por acompañarnos en este acto.

María Isabel Lázaro:

– En esta presentación que vamos a hacer Mercedes y yo de Pedro Martínez Montávez me ha tocado el inicio de la presentación y pensando que normalmente se suele hablar del *curriculum*, y a la vista de que los *curricula* de los personajes que vienen aquí a este ciclo suelen ser bastante amplios, y para no aburrir al público asistente, yo voy a hacer una presentación breve para dar paso a la entrevista que haremos la profesora Mercedes del Amo y yo.

Hemos querido traer al profesor Martínez Montávez a este ciclo, no sólo por el prestigio nacional e internacional que tiene como arabista, sino, además, porque él viene a significar en el arabismo español una nueva forma de pensar y actuar en un momento determinado, en el que se acerca al arabismo español desviándose de los antiguos moldes ideológicos en los que el antiguo arabismo español se forjó a lo largo de los años. Y lo hace para mostrarnos otra imagen de los Estudios Árabes e Islámicos, la imagen del mundo árabe contemporáneo, de los estudios árabes contemporáneos, línea a la que muchos arabistas no se habían atrevido a entrar o si acaso la miraban de soslayo.

Desde que el profesor Martínez Montávez obtiene la cátedra de Lengua y Literatura Árabes en la Universidad Autónoma de Madrid en 1971, él define su línea docente y de investigación en torno al mundo árabe contemporáneo en sus aspectos literarios, sociales políticos e históricos, recordando siempre a sus alumnos y a todos nosotros, como alguien escribía hace ya años, que en árabe se habla todavía, que en árabe se escribe y que en árabe se están tratando de elaborar nuevamente fórmulas culturales que respondan a las exigencias de nuestro tiempo. Siendo pues coherente con sus ideas, el profesor Martínez Montávez crea un instrumento científico de difusión de todos los aspectos del mundo árabe actual, *Almenara*, primera y única revista española especializada en el tema; se hace además de un grupo de colaboradores, compañeros y discípulos, crea en definitiva una forma de hacer una escuela, un núcleo de personas que a partir de este momento y hasta ahora siguen su camino en este nuevo ámbito del arabismo, difícil y no siempre bien visto en sus comienzos. Pero aunque éste sea uno de sus méritos, no es el único ya que el profesor Martínez Montávez, no sólo se ha limitado al estudio científico del mundo árabe contemporáneo, sino que ha dado muestras de un serio compromiso intelectual con su conflictiva rea-

lidad. Ha logrado salir del marco académico para plasmar sus ideas sociales y políticas en numerosas revistas, tanto españolas como extranjeras; lo hemos visto en debates y entrevistas en televisión, pronunciando conferencias en España y en otros círculos extranjeros. En definitiva, el profesor Martínez Montávez ha llegado al arabismo español para cubrir de forma institucional ese espacio casi en blanco de compromiso con la actualidad del mundo árabe con la que el arabismo español ha estado en deuda durante mucho tiempo. Y en pro de esa coherencia que le caracteriza, en consonancia también con el modelo de universidad que él siempre ha defendido, desde que fuera rector de la Universidad Autónoma de Madrid en los años 1978-82, un modelo de universidad al servicio de la sociedad y en estrecha conexión con ella. Hay que destacar, en este sentido, su tarea de acercamiento social y de divulgación de muchos de los aspectos de los estudios árabes e islámicos a través de su labor como traductor y como divulgador, y muy especialmente de la poesía árabe contemporánea sin dejar la poesía árabe clásica. Sus traducciones poéticas muestran una técnica y una sensibilidad que yo diría de auténtico poeta verdaderamente envidiable. Con su labor como traductor y divulgador de éste y de otros aspectos ha logrado acercar el mundo árabe a un público ajeno al arabismo, facilitándole su aproximación a la cultura y conocimiento del mundo árabe actual.

Esto además siendo andaluz y de Jódar, ciudad de Jaén, como dicen sus paisanos, porque Pedro nació en este pueblo, o en esta ciudad, un 30 de Junio de 1933. Allí pasas parte de tu infancia y después de la Guerra Civil tú te trasladas a Madrid, allí realizas tus estudios de bachiller e ingresas en la universidad y decides matricularte en Historias y en Semíticas. Te licencias en Historias en el cincuenta y cinco y en el cincuenta y seis en Filología Semítica, pero definitivamente te decantas por esta última. A mí me gustaría que nos explicaras este traslado desde Andalucía a Madrid, cómo llegas, qué ambiente encuentras en Madrid, y cómo llegas a esto de las Semíticas.

Pedro Martínez Montávez:

– No por protocolo, sino porque lo siento así y por cordialidad, las primeras palabras son de agradecimiento para el decanato y naturalmente para el decano y para todo el grupo de colegas y de compañeros del Departamento de Estudios Semíticos, y especialmente para las personas que dentro de ese Grupo han asumido la responsabilidad y la osadía de proponer mi nombre para este ciclo. Explico lo de osadía: antes se lo decía al decano. Si esto es El Intelectual y su Memoria, yo tengo que aclarar que de intelectual tengo muy poco, bien que lo siento quisiera tener más, pero uno nace con las prendas que le dan, y de memoria cada vez tengo menos y cada vez me acuerdo de menos cosas y más fragmentadas. Esto lo quiero explicar así para que se

sepa que ni por mi dimensión intelectual, ni por la carga de memoria que tengo en estos momentos yo debería estar aquí.

Efectivamente, si yo tuviera que definir brevemente lo que ha sido mi vida o tratar de explicarla, yo diría rápidamente que he sido un niño de guerra y de posguerra, un niño de guerra civil y de posguerra civil, esto quiere decir que desde un principio en mi están depositadas una serie de imágenes, una serie de vivencias que evidentemente han ido condicionando mi vida y mi existencia. Ser niño de guerra y de posguerra supone que has visto la muerte, el hambre, la miseria y el dolor; no que lo has visto, que lo has vivido, que lo has sufrido. Brevemente quiero decir que mi madre murió cuando yo tenía tres años, mi padre estuvo primero en la Guerra y luego en la cárcel algún tiempo. Y ese es el marco en el que me formo y me empiezo a constituir. Lo agradezco, lo he agradecido mucho y ¿por qué? Pues lo he agradecido fundamentalmente (y esto lo he visto después) porque como dice Abū-l-‘Atāhiyya:

“Una vida que termina en la muerte es una vida llena de amargura”

Entrever esas cosas desde un principio, a mi me han dotado de algo que creo es muy importante: es decir, tener una confianza casi ciega en la alegría, en la vida y en la esperanza. Soy un hombre esperanzado, soy un hombre que ama profundamente la vida y soy un hombre que cree en esas cosas. El que haya tenido que pedalear cuesta arriba durante mucho tiempo me ha supuesto que cuando pedaleo cuesta abajo lo hago con mayor alegría y con mayor entusiasmo.

Llego a Madrid, yo llego al arabismo, tal vez como muchas otras personas, por efecto de una serie de desvíos. Mi primera vocación no era la de ser arabista ni muchísimo menos; creo que es muy difícil que la primera vocación de un muchacho que llega a la universidad sea la del arabismo, yo iba para politólogo en un principio y para filósofo, después. A mi padre le tengo que agradecer, aunque hace también unos cuantos años de esto, que se plantara y que dijera: “de política nada y de filosofía tampoco”. Y bien, caí en la Facultad de Letras y me matriculé en árabe, en árabe como asignatura opcional. ¿Qué contribuyó después a que fuera dedicándome al arabismo? Varios factores: uno, y yo lo he ido viendo después, el ser andaluz, y no quiero hacer antropología cultural fácil con esto, pero seguramente un andaluz lleva depositadas una serie de resonancias arábicas que van saliendo con el tiempo, una serie de cosas que desde niño has visto y van aflorando después; el elemento exotizante que siempre ha tenido el árabe en una Facultad de Letras, más si tienes cierta dimensión literaria y cierta proclividad a esas aficiones, y el encontrar a ciertos profesores que te van orientando, que te van atrayendo, de los que te va interesando su manera de ver las cosas y de facilitártelas. A mi me atrajo poderosamente D. Emilio García Gómez,

creo que es uno de los profesores con mayor sensibilidad que he tenido, y en alguna medida esa sensibilidad he procurado mantenerla; la labor de algunos profesores tanto en Semíticas como en Historia, tengo que recordar al siempre recordado D. Elías Terés, una de las personas más bondadosas que he conocido, al profesor Cabanelas que durante algún tiempo me enseñó también y a algunos profesores de hebreo, que digo yo: D. Francisco Cantera. Otros profesores de Historia que para mi son inolvidables, como D. Santiago Montero, D. Diego Angulo, otro sevillano de pro. Eso fue conformando mi primera aproximación que fue estrictamente teórica, lo que de hecho me ha forjado como arabista fue mi conocimiento de la realidad árabe y durante muchos años.

M.I.L.– Acaba de demostrar la memoria que tiene (P.M.M.– Lo procuro, si no estaría desvalido aquí). Yo quería preguntarte respecto a ese viaje que tú haces a Egipto al término de tus estudios Antes de realizarlo te casas con Mercedes Lillo que me imagino sería compañera tuya en historias (P.M.M.– Si, la historia surgió en Historias) y luego ella se dedicaba a ... La historia continúa en Egipto, tu marchas y supongo que la decisión de irte a Egipto no era muy frecuente. No lo sé.

P.M.M.– Bueno, no podía ser frecuente entre otras cosas, y esto los alumnos no lo saben, porque había poquísimas becas, yo creo que podía haber dos o tres becas. El profesor Fórneas sabe también de eso porque fue a Egipto algún año antes que yo y allí permaneció alguna temporada. Entonces, las posibilidades que teníamos de disfrutar una beca de estancia en un país árabe y especialmente mashriquí eran escasísimas y había que aprovecharlas naturalmente. Antes había estado un año en Marruecos, pero aquello pasó.

M.I.L.– Yo me imagino que la experiencia tuya egipcia ha sido importante en tu vida, tanto profesional como personalmente, porque allí nació tu primer hijo y profesional porque sería un choque tremendo, salir de lo que es la Facultad de Letras de Madrid, de los estudios de Semíticas y de pronto encontrarte con la realidad de lo que es el mundo árabe. Allí estuviste casi seis años y, bueno, yo quisieras que nos contaras tu experiencia.

P.M.M.– Yo creo que es fácil que todos ustedes se lo imaginen. Llegué a El Cairo con 23 años, recién casado y me parece que la beca al cambio sería algo así como cuatro o cinco mil pesetas mensuales para vivir. Nació nuestro primer hijo allí y luego los demás, en concreto tres hijos míos son cairotas. Yo iba con una posible realidad del mundo árabe que consigues a través de los libros, porque la realidad histórica es muy diversa, es una de las variantes la que llega por los libros, con el encargo de hacer mi tesis doctoral, como hice sobre historia económica de la Edad Media; y al llegar a Egipto me encontré, no la posible realidad histórica, sino la realidad del mo-

mento. En Egipto empecé a descubrir un pueblo, por ejemplo, empecé a descubrir una lengua, esto puede parecer sorprendente, pero así fue. En mis primeros días de estancia en Egipto me pasaban cosas tan sorprendentes como tratar de coger un tranvía que me llevara a mi casa y como pronunciaba mal, pues llegaba a las Pirámides, por ejemplo. Querer comprar un melón y al final comprar una calabaza, eso entre otras cosas demostraba no que sabía poco árabe, sino que de productos hortícolas y frutales tenía menos conocimientos que de la lengua árabe todavía. Me ocurrieron cosas tan chistosas como eso, pero conocí una lengua, conocí un pueblo, conocí una manera de ser, empecé a intentar conocer a los árabes, esa es una aventura apasionante, tan apasionante que no la he terminado y soy consciente de que no la voy a terminar a lo largo de mi vida. Es un objeto tan plural, es un objeto tan multiforme, tan rico, tan opuesto... Y Los árabes si atraen es porque al tiempo concilian los opuestos más diversos. Me voy a referir a uno. Un escritor granadino del siglo pasado dice: "los árabes me han impresionado siempre por sus silencios", y es verdad; pues al mismo tiempo, un árabe puede sorprender por su elocuencia. Ser elocuente y silente al mismo tiempo es algo que se le da a pocos pueblos, el pueblo árabe lo tiene. Ser apasionado y frío es otra condición que pocos pueblos tienen, ser arrebatado y calculador, por ejemplo, es algo que poca gente tiene y en su conjunto los árabes lo tienen. Les puede parecer absurdo, pero en el mundo árabe empecé a descubrir a los niños, yo tenía una idea del mundo árabe de mujeres y de hombres, el mundo de los adultos, el que aparece en los libros. Cuando iba a casa de mis amigos egipcios, hablando habitualmente con el varón de la familia, aparecía una cabecita de niño que se asomaba de pronto por la puerta para ver al que venía de fuera, o corrían por los pasillos, te tiraban de la chaqueta. Y Empecé a descubrir a los escritores. Para mi resultan inolvidables los ratos que he pasado, por ejemplo una noche inolvidable al lado del Nilo con Salah Abd al-Sabur, inolvidable, nos pasamos cinco o seis horas con unos amigos hablando del río, de la poesía; o los ratos que pasé con Nizar Qabbani, o los ratos que he pasado con Adonis, con Bayati o en un avión de Bagdad a Basora con Mahmud Darwish. En fin, estas cosas. ¿Qué empecé a descubrir? Que las ciudades árabes están llenas de olores y de sabores, en una ciudad árabe caminas constantemente con un fondo musical acompañándote, desde una canción de Umm Kulthum hasta una especie de remedo de tango, o de sinfonía clásica. Todo eso lo descubrí en Egipto y eso se ha seguido manteniendo. Todo esto planteó una vinculación mía, una filiación, un acercamiento cordial al mismo tiempo que cerebral, un intento de fundir corazón y cabeza al estudio del mundo árabe, que hasta ahora me sigue acompañando.

Mercedes del Amo:

– Ya entro yo aquí. Vuelves a España y eres profesor de la Escuela Superior de Comercio durante dos años, profesor contratado de la Universidad de Madrid durante otros dos años, adjunto de lengua árabe dos años más, agregado cuatro años, catedrático en Sevilla, y por último catedrático en la Universidad Autónoma de Madrid desde 1971 hasta la actualidad. Háblanos de tu época en la Complutense, que no era la Complutense, sino la Universidad de Madrid.

P.M.M.– Quizá sería oportuno decir que yo dejé una universidad en el año 1956 de licenciado, había estado allí de estudiante y me encontré en una universidad en el 1962-3, quiero indicar que si pude entrar fue debido fundamentalmente al apoyo y gran ayuda que me prestó D. Elías Terés, quiero que públicamente se conozca, y me encontré con una Universidad que era completamente distinta, como era distinto el país de la España que yo había dejado a mediados de los cincuenta prácticamente y la que me encontraba a principios de los sesenta, eran dos países diferentes. Yo me había dejado una Facultad donde el número de estudiantes era muy bajo, en donde el magisterio y la autoridad, en todos los sentidos, del profesor y sobre todo del catedrático eran muy altas, y me encontré una cosa en un momento de evolución completamente diferente. Yo desde el principio intenté entender aquello y si quisiera definirme en el arabismo como en tantos otros, diría que ante todo he intentado ser un hombre de mi tiempo que profesionalmente cultiva el arabismo. Y para mi ser un hombre de tu tiempo supone que te realizas en él, en tu presente, que obligatoriamente debes conocer y asumir el pasado, y que tienes que avizorar el futuro. Eso es para mi ser un hombre de tu tiempo. Eso he intentado ser y quiero seguir siendo en el arabismo.

Me encontré una Facultad, no en la que comenzará ni la subversión, ni la política, ni la confrontación, porque eso lo había en la Facultad de Madrid, que yo recuerde los disturbios mayores ocurrieron en 1956, donde hubo auténticos tiros, pero eso fue episódico; a partir de los años sesenta digamos que fue una cosa más constante. Me encontré un estudiante completamente distinto, no era un estudiante pasivo como yo había sido, si no un estudiante activo o al menos que quería serlo, un estudiante que colaboraba, que quería participar, que comenzaba a ser crítico; y me encontré algo que en mis tiempos no existía: los grupos de presión políticos que actuaban ampliamente en la Universidad a comienzos de los sesenta, izquierda, derecha, centro, de todas las condiciones y de todas las clases existentes. Bueno, pues tuve que empezar a lidiar, a mi me gustó, durante bastante tiempo de mi vida esto que ahora llaman la movida me ha ido, mi cuerpo me lo ha pedido, entré en ese ambiente con facilidad, con alegría, con fruición y tratando de aplicar un criterio que a lo largo de mi vida he tratado mantener, que es que siendo un hombre solitario y que ama profundamente la soledad intento también ser un hombre solidario, no creo que ambos conceptos se confundan ni se enfrenten, no es un problema de permuta de fonemas además empa-

rentados, y tratando de mantener mi soledad que me permitiría hacer mi obra, y al mismo tiempo brindándome a la solidaridad con los demás, pues desde entonces hasta ahora he procurado comportarme universitariamente.

M.A.– ¿Por qué te presentaste a la cátedra de Sevilla?

P.M.M.– Es una situación un tanto análoga a lo que se refería el profesor Cabanelas ayer, cuando hablaba de su cátedra. En su momento estábamos de agregados, creo recordar, Joaquín Vallvé y yo en la Complutense y entonces se convocaron dos cátedras: la de Lengua Árabe de la Universidad de Barcelona y la de Lengua y Literatura Árabes de Sevilla. No se si definitivamente firmamos los dos las dos cátedras, o antes hablamos y acordamos que Joaquín Vallvé se presentara... no, no, creo que firmé, me presenté y me retiré al comienzo. En conclusión, a él le interesaba más Barcelona y a mi Sevilla, por varias razones y una de ellas era fundamental: había empezado a recuperar Andalucía en Oriente; yo he dicho en algún prólogo de algún libro de algún colega que yo he sido un andaluz de lejanías. A mi Egipto, y los otros países que conocí (Palestina, Siria, el Líbano...) me empezaron posiblemente a acicatar ese dormido sentimiento andaluz que estaba allí, empecé a recuperar a Andalucía desde lejos y desde luego cuando vi la posibilidad de ir a Sevilla aproveché plenamente y creo que acerté, porque Sevilla supuso para mí el reencuentro con lo andaluz. A Sevilla fui solo, mi familia se quedó en Madrid y yo todas las semanas iba y volvía y tuve la oportunidad de pasearme la ciudad plenamente, como lo había hecho en El Cairo y en Méjico, por ejemplo.

M.A.– La creación de la Universidad Autónoma de Madrid fue por aquel entonces un experimento aperturista del régimen franquista (P.M.M.– En la medida en que podía serlo, en la medida en que franquismo y aperturismo podían combinarse). ¿Qué significó tu entrada en la Universidad Autónoma de Madrid?

P.M.M.– Mi entrada en la UAM no significó mucho al principio porque la cátedra de árabe había estado desempeñada en los años anteriores muy bien por el profesor De la Granja, que posteriormente pasó a la Complutense y entonces en ese aspecto no significó nada. Por otra parte tuve la suerte de encontrar un excelente equipo en el Departamento de Árabe, un excelente grupo de profesionales entre los cuales estaba el profesor Fórneas, cuya estancia y actividad son recordados siempre, y muchos de ellos eran discípulos y me encontré muy a gusto desde el principio. Era una universidad en la que se podía trabajar gratamente, en unos módulos de número de estudiantes y de relación de profesores que permitían el encuentro fácil, luego eso se ha perdido; y me encontré muy a gusto. Tuve la sensación desde un principio de que aquella iba ser mi universidad definitivamente y que le iba a dedicar lo mejor de mi entusiasmo y de mi saber hacer y eso es lo que he tratado de hacer.

M.A.– Tu eres discípulo de García Gómez, pero no seguiste su línea de investigación. ¿Te apoyó en todo momento a pesar de esto?

P.M.M.– Si soy sincero, y trato de serlo siempre, quizá tendría que decir que de una manera total y definitiva Don Emilio no me apoyó, pero también tendría que añadir inmediatamente que tampoco se ha opuesto a nada. Estoy completamente seguro de ello. Lo que sí he encontrado siempre, en las pocas ocasiones en que he hablado con Don Emilio, es, y quiero decirlo públicamente también, una ductilidad, una porosidad, una sensibilidad que si no lo conoces personalmente no llegas a sospecharlas. Creo que con Don Emilio sinceramente te puedes entender al margen del arabismo y al margen de unas tendencias y posturas muy concretas, te puedes entender por muchos otros conductos; por ejemplo, hablando de literatura, apuro más aún, oyéndole hablar de literatura, hablando de política y no concretamente de política árabe. En ese sentido, yo siempre he considerado que el profesor García Gómez es una de las personalidades más dúctiles y más flexibles del arabismo. Luego, evidentemente, mis planteamientos en muchos aspectos concretos, y no solamente de carácter cronológico, son diferentes. Yo huyo de esto de “usted es arabista de cosas antiguas, usted es arabista de cosas modernas”; no, para mí se es arabista si se hace bien la cosa o no, independientemente de que te dediques a lo antiguo o te dediques a lo moderno, eso es puramente transitorio y anecdótico; y esa capacidad sensitiva, esa alerta espiritual e intelectual que don Emilio tiene hacia muchas cosas de dentro y de fuera del arabismo para mí siempre ha constituido una materia de enseñanza grande, al margen de que en muchos puntos concretos se produzcan discrepancias.

M.A.– Según un *currículum* que conseguí de ti mismo, tú tienes 17 libros, seis monografías, 7 participaciones en volúmenes colectivos, 34 artículos de investigación, 15 que pones como otros trabajos, 21 *addenda*, en total 101; pero una becaria llamada Carmen Gómez Camarero, que está haciendo una tesis doctoral sobre el arabismo en España contabiliza en total 133 trabajos (P.M.– Me hace un favor, vamos). Tú abriste una línea de investigación en dos sentidos: en que tu línea fundamental de investigación eran los estudios árabes contemporáneos, y en otro sentido también, en que formaste a un grupo de investigadores que trabajaron también sobre mundo árabe contemporáneo) ¿Cómo estaban estos estudios tanto en España como en Europa cuando tú empezaste a trabajar sobre esta línea de investigación?.

P.M.M.– Lo que técnicamente se puede llamar la apertura ya se había producido, no se puede olvidar y además ahí están las fechas, que las primeras aproximaciones se habían hecho entre otros arabistas insignes por el propio D. Emilio García Gómez, unas traducciones importantes todavía, luego más o menos esporádicamente la profesora Leonor Martínez había hecho también algunas cosas sobre literatura árabe contemporánea, el profesor Fórneas había hecho alguna cuestión. En fin, siento olvidar-

me de nombres y en cualquier caso no hay ninguna mala intención por mi parte en absoluto. Lo que sí es cierto es que hasta esos momentos estaba en los niveles que podríamos llamar de trabajo transitorio o menor o de atención secundaria, y efectivamente conmigo pasó a la categoría de fundamental y de línea principal, seguramente sí. ¿Cómo estaba?, pues en España en la situación a la que me he referido, de vez en cuando y con plena competencia se le dedicaba una atención transitoria y ¿cómo estaba en el extranjero? Pues en el extranjero no estaba mucho mejor e incluso un poco peor todavía que en España. Si uno repasa la bibliografía existente advertirá que durante los años sesenta y setenta en España en este terreno, especialmente en la literatura, se hizo una labor auténticamente de pioneros, teniendo que arrostrar muchísimas dificultades, muy pocas comprensiones y poquísimas ayudas. Esto es verdad, y esa labor que se hizo no le fue a la zaga ni mucho menos a lo que se hacía contemporáneamente en Francia, en Inglaterra y en algún otro país; distinto es que desde hace unos pocos años a esta parte, lo que hacen franceses e ingleses, apartando a los soviéticos que siempre han trabajado en la literatura árabe contemporánea, pero en esto no tienen gran cosa, pero distinto es que desde hace unos quince años, tanto franceses como ingleses como norteamericanos nos han superado y nos siguen superando con creces, pero ese retraso último de lo español se debe a causas internas españolas de las que quizá sería muy interesante hablar. ¿Cómo se pudo constituir un grupo? Yo, a mi me gusta y prefiero que no se diga una escuela, yo jamás he intentado constituir una escuela de una manera consciente y ya que he encontrado algún artículo de García Gómez sobre la renuncia a fundar una escuela, pero grupo de trabajo sí; ¿y por qué no escuela y sí grupo de trabajo?, pues por varias razones fundamentales: una de ellas es que trato de dar a los demás lo que exijo para mi mismo, en esto soy muy tajante, siempre he exigido una absoluta libertad, sin libertad no me puedo mover, necesito la libertad como necesito el agua (aunque el agua la necesito poco, necesito quizá otras bebidas más que el agua, tampoco en términos exagerados), pero necesito la libertad para vivir y la he necesitado siempre. Entonces, a los demás trato de concederle esa libertad que yo exijo para mi y a la que no voy a renunciar nunca, intento establecer un marco de relación con los demás, hasta con los llamados discípulos o gentes con las que trabajas, en la que intervenga ese marco de libertad, ese respeto mutuo, la necesidad ineludible de mantener una franqueza absoluta; si tú tienes algo que decirme a mi haz el favor de decírmelo claramente y a mi, no emplees una fórmula perifrástica, porque si yo tengo algo que decirte a ti, te lo voy a decir a ti. Y en ese sentido es en que me propuse, y creo que de alguna forma parcialmente lo he conseguido, constituir un grupo de trabajo que con plena libertad individual cada uno, con mutuo respeto y con plena responsabilidad de opción entre las posturas científicas y personales que se tomaban, también lo he ido constituyendo, y mal que

bien ha ido funcionando a lo largo del tiempo. Yo eso se lo tengo que agradecer a mis colegas, quizá otras cosas no, pero esa sí y el que hayan entendido con mucha claridad esa situación de toma y daca, de trueque: si yo tengo libertad tú la vas a tener también, si yo tengo respeto tú lo vas a tener también, que lo hayan entendido desde un principio tanto los de Madrid como los de fuera, vosotras dos por ejemplo y creo que no me excedo en la percepción y alguna otra persona que está por entre el público, tengo que agradecer a todos los que han entendido estos planteamientos personales que lo hayan hecho así, me han producido una gran satisfacción.

M.A.– Este grupo empezó a publicar en unos cuadernitos que se llamaban Arrayán que publicaba la Casa Hispano-Árabe) ¿Qué era esta Casa-Hispano-Árabe?

P.M.M.– No quiero hacer un chiste fácil, pero a lo mejor más que Casa Hispano-Árabe habría que llamarla “Pensión Hispano Árabe”. Bueno era una especie de piso que funcionaba allí, yo colaboré con ellos algún tiempo y no se todavía ni cómo se mantenía financieramente, ni presupuestariamente ni nada. Había allí un secretario, de vez en cuando iba yo y le daba esos opusculitos de la colección Arrayán, porque siempre se intenta uno buscar un arabismo para estas cosas y si fuera un arabismo fragante pues mucho mejor y sí, fueron apareciendo cosas impensables para ese momento en España, como los primeros poemas traducidos de Darwish, de modo que fue traducido al castellano mucho antes que a otras lenguas occidentales. Aparecían los primeros poemas de Qabbani inmediatamente después de la derrota, mucho antes de que aparecieran en otras lenguas occidentales también, aparecían poetas desconocidos como el sirio Abd al-Basit al-Sufi, y tantas cosas que fueron apareciendo gracias a ese mecenazgo de esa organización tan atípica que era la Casa Hispano-Árabe. Aprovecharé para decir que yo jamás he creído en la ejemplaridad de eso que llaman las relaciones hispano-árabes, es un tópico, es un engaño, no es verdad. Las relaciones han sido desde mi punto de vista retóricas y coyunturales y sobre una base de realidad casi nunca se han producido. Los árabes se relacionan culturalmente mucho más con los distintos países que están en nuestro entorno que con nosotros y decir esa u otras cosas parecidas en alguna emisión televisiva me ha venido bastante mal y me ha perjudicado bastante, pero es mi idea y esa labor de iniciar una Casa Hispano-Árabe pues se fue produciendo también paralela seguramente en muchos sitios.

M.A.– ¿En el Instituto Hispano-Árabe, por ejemplo? Qué fue el Seminario de Literatura y Pensamiento de IHAC.

P.M.M.– Fue un lugar delicioso para trabajar, un lugar donde estaban muy pocas personas, recuerdo ahora, por ejemplo a María Eugenia Gálvez, recuerdo a dos o tres becarios árabes de los pocos que en esos momentos llegaban: una señora egipcia llamada Ivonne, evidentemente era copta, un muchacho iraquí también cristiano llama-

do Hanna y algunos de los licenciados que ya iban saliendo de la Complutense. la única universidad de Madrid entonces, y que empezaban a trabajar. Era donde entonces empezábamos a realizar las primeras fichas bibliográficas, alguna de las cuales todavía me las manda de vez en cuando Fernando de Ágreda porque aparecen en el último rincón del actual ICMA (Me dice: “Mira Pedro aquí han aparecido unas fichas de las que hacíais vosotros”, y entonces me las manda con un libro), las traducciones, los primeros volúmenes que se hicieron de las literaturas nacionales, yo sólo edité el primero. En conjunto el IHAC era un lugar muy grato, yo posteriormente tuve y sigo teniendo poca relación con el actual Hispano-Árabe, no saquéis de esto ninguna conclusión apresurada, es sencillamente que uno tiene tantas cosas que hacer que las hace en otro sitio. Y entonces pasaban cosas tan sorprendentes como que celebrábamos la primavera, por ejemplo, en el IHAC se celebró la llegada de la primavera durante varios años de forma desenfadada y frívola: nos bajábamos al bar y organizábamos allí una especie de happening poético con la presencia de las autoridades del IHAC más o menos encorsetadas en el sentido metafórico; o por ejemplo, yo organicé y di un cursillo sobre la fiesta brava para los estudiantes árabes, pues una de mis dimensiones ha sido y es la preocupación por lo taurino como objeto profundo de reflexión cultural, y recuerdo que en alguna ocasión me cogía una muleta y un capote e intentaba enseñar al becario lo que era una verónica y una media verónica y un farol... era un lugar muy grato.

M.A.– La revista *Almenara* ¿Por qué dejaste que desapareciera? (P.M.M.– ¡No, eso no es verdad!) ¿Para cuándo una segunda época?

P.M.M.– Cuándo a pareció ni me acuerdo (M.A.– En 1971), pues el primer volumen en el 71. Qué cómo apareció, pues gracias a una gestión conjunta y a un esfuerzo y un proyecto en el que nos confabulamos tres personas: el recordado Salvador Gómez Nogales, el profesor Husayn Munis, que era director del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos y yo, aprovechando la cobertura de una asociación que en esos momentos se llamaba Asociación de Amistad Islamo-Cristiana, creo recordar que así apareció el primer número. Esa revista tuvo una andadura de lo más pintoresca y de lo más descabellada: las aportaciones y los apoyos le vinieron de múltiples procedencias y ninguna lo suficientemente cuantiosa como para asegurar su permanencia. Llegaban eventualmente de la oficina de la Liga Árabe, del IHAC, de alguna representación diplomática de Madrid, llegaban de los pocos ejemplares que vendíamos o introducíamos en el Ministerio de Exteriores si nos compraba cincuenta o cien ejemplares, o del Ministerio de Cultura, o en alguna institución similar. Esa fue una carga muy pesada que yo tuve en todos los sentidos, y digo carga porque hasta los paquetes de cincuenta ejemplares o de cien que había que llevar al Ministerio de Exteriores los metía en mi coche, me introducía por la puerta trasera de la calle El Salvador, me

parece que se llama, le daba al funcionario de turno, que estaba con su batilla o con su mono, los ejemplares, luego me subía a otro sitio en el que me daban el boleto con la cantidad a pagar y que llegaba a nosotros después de dos o tres meses. Esa fue, como digo una carga importante. ¿Y por qué la dejé? No, no, yo no la dejé, sinceramente. Yo desde un principio, y la gente que trabajó conmigo en *Almenara* lo sabe, tuve la idea muy clara de vincular la revista a una institución oficial española que presupuestariamente la pudiera atender y esa institución debería ser el IHAC. No quiero entrar en detalles, ni criticar la postura de determinadas personas, pero sí quiero decir una cosa a título de anécdota, porque puede chocar frontalmente con la idea que se tenía de la postura española en relación con los árabes. Después del tercer o cuarto número se tenía prevista la publicación de un artículo que se titulaba algo así como “La segregación racial en Israel” o “El racismo en Israel”, era un artículo científico no la proclama oportunista de turno, era un artículo traducido del árabe y era comenzar a decir en aquellos días lo que ahora dice todo el mundo sin que nadie se rasgue las vestiduras. Yo, ingenuo de mí, suponía que en la España de mediados de los setenta en el marco de un país que dice que desarrollaba ejemplarmente las relaciones con el mundo árabe y que tenía una postura pro-palestina clarísima, y eso hay que decirlo, la postura oficial de España ha sido claramente pro-palestina, pensaba que no plantearía ningún grave problema. Pero planteó problemas de censura, y como he dicho que defendiendo la libertad en los términos más absolutos, pues no pudo continuar. No oculto tampoco que quizá por mala gestión mía, uno va aprendiendo con la edad habilidad y diplomacia, yo no supe dar al grupo de colaboradores de *Almenara*, entre los cuales los había de procedencias muy dispares, yo al grupo no lo supe coordinar, no lo supe homogeneizar, diría más, no me supe imponer en algunos momentos, no impuse mi autoridad en los términos que hubiera sido necesaria. Total que por unas cosas y otras la almenara se hundió y la torre se quebró y dejamos de dar luz y dejó de ser *Almenara*, claro.

M.A.— ¿Y la segunda época?

P.M.M.— Conmigo no, porque uno está ya cansado, tengo ya muchas cosas que hacer. Quizá yo de alférez y porta estandarte no, pero quizá de brigada o de cabo furrier o de sargento, cuando se quiera.

M.A. Ahora voy a citar textualmente una frase de la revista *Encuentro* de agosto-septiembre de 1984 que dice: “El mundo de los arabistas es uno de los más exóticos y raros. Hay entre ellos más amargados y más desunión que en ningún otro grupo intelectual, reina entre ellos un caciquismo intelectual incomprensible en hombres cultos”. ¿Esto es cierto?

P.M.M.— En parte sí. La frase de la revista *Encuentro* parcialmente me parece acertada y no tengo por qué ocultarlo, pero me parece un poco excesiva, poco matizada y

lo que habría que hacer es establecer ciertas matizaciones. Hay un trabajo que yo publiqué hace algún tiempo, que me parece que se llama “Arabismo y función social” o “Reflexiones sobre arabismo y función social”, y si no recuerdo mal le pongo un titulito que dice “A ti que combates las mentiras de las taifas, yo creo que esas taifas quizá existan, aunque las cosas han cambiado mucho afortunadamente y me parece muy bien, y como he sido defensor de la Córdoba Omeya, pues evidentemente el taifismo no me gusta y participaré en todo lo que sea por su permanencia (la de la Córdoba Omeya), pero creo que el panorama ha cambiado y mejorado, aunque arrastremos todavía algunas importantes secuelas en ese sentido. Para mi terminar con ello sería bastante fácil, supone practicar lo que todo hombre culto debería practicar, es decir el diálogo, la negociación, la comprensión del otro y justificarlo desde su perspectiva y no desde la tuya. Si sabes que nada está cerrado en la vida, ni el arabismo ni nada es un jardín secreto ni cerrado. Todo tiene una pluralidad de horizontes y de perspectivas y si tú eres hombre de tu tiempo sabes que tu aventura tanto personal como científica consiste en tomar una opción personal para ti y respetar las que tomen los demás.

M.A.– ¿Qué es ser arabista?

P.M.M.– ¿Ser arabista? Creo que lo he dicho antes. Es ser un hombre de tu tiempo, que actúas en el marco de una profesión y que estás dispuesto a aprender dentro de las aulas y fuera de ellas. Yo he aprendido muchas cosas fuera de las aulas: una de las primeras lecciones inolvidables me la dio un estudiante en El Cairo cuando tendría 24 o 25 años. Recuerdo perfectamente, enseñaba español allí y entré al aula y la primera imagen que encontré fue la de un muchacho, perdón pues la anécdota es un poco incómoda y hasta maloliente, que se había quitado un zapato y estaba sentado como se sientan habitualmente los árabes y había puesto el pie encima de la silla y se estaba rascando el pie. Es que no estaba haciendo sólo eso, con una mano se rascaba el pie pero con la otra estaba oliendo una rosa. Y entonces yo tuve la primera lección inmediata y directa de algo que luego puede ser similar a lo que científicamente formula Américo Castro sobre la capacidad de los árabes para producir formas culti-vulgares, esa manera de unir refinamiento y aparente grosería o la capacidad especial para reunir y combinar opuestos. Yo he aprendido mucho fuera de las clases y voy a seguir haciéndolo, porque si dentro se aprende fuera también. En conjunto eso es para mi ser arabista.

M.A.– Nunca has tenido ninguna crisis profesional. Nunca has pensado, “lo dejo, lo dejo, me voy”.

P.M.M.– Sí, sí, lo he pensado siempre y lo sigo pensando. Los arabistas tenemos una crisis inseparable que te acompaña, al menos a mi me ha acompañado durante toda mi formación y me sigue acompañando. Es la sensación que tienes un día sí y otro

también, de que el objeto al que dedicas tus afanes, el objeto que quieres conocer es demasiado para ti, es excesivo; existe una desproporción evidente entre la grandeza, lo descomunal del objeto y lo escaso de tus posibilidades de acercarte a él. Yo siempre he sido consciente de ello y me ha importado y en ese sentido, el objeto se te escapa siempre, no acabas de poseerlo nunca, si la comprensión de algo no es también posesión de algo, es una comprensión bastante escasa y bastante endeble, ¿no? En la medida en que he querido comprender he querido poseer. En última instancia, desengañense ustedes: lo árabe no se posee nunca, se nos escapa. Esa ha sido la crisis que yo llamaría subyacente a la crisis de permanencia. Luego he tenido varias crisis concretas y me voy a referir simplemente a una. Yo estaba ya plenamente asentado en el arabismo, no tenía por qué temer nada, mi vida académica se iba desarrollando perfectamente, empezaba a tener cierta categoría y cierto nombre; debió de ser cuando tenía cuarenta y tantos años. Fue mi primera visita a América Latina, a Méjico. Si lo hubiera visitado con veinte o veinticinco años en vez de visitarlo con cuarenta y tantos seguramente no sería arabista ahora, no sería arabista. Tuve unas impresiones, unas sensaciones en Méjico muy similares a las de Egipto años antes, allí descubrí también una realidad de la que nadie me había informado y era una realidad mucho más próxima: esa sí era mi lengua, esa sí era mi cultura dicha de otra manera distinta, esa sí era la aventura apasionante de descubrir o de tratar de explicar lo que algún importante pensador español ha dicho: “Ese orgullo satánico de ser español”, y lo dijo un pensador de izquierdas quiero recordar. Y, bueno, era una cultura también alejada a la que se llegaba por vías más inmediatas. Yo entonces tuve una crisis profunda, me recuerdo perfectamente ante la gran Plaza del Zócalo diciéndome: lo dejas o no lo dejas, te vas del arabismo o te sigues quedando. No, no se produjo entre otras cosas porque seguía siendo arabista de corazón al tiempo de cabeza, seguía atrayéndome profundamente el mundo árabe y porque siempre he sido un hombre bastante realista, sensato y me dije: “Con cuarenta y tantos años, estúpido, que vas a hacer si te dedicas al americanismo. Será una estupidez enorme”. Todo esto se combinó y no lo dejé. En vivencias posteriores que he tenido en otros países como en Argentina, en Cuba, en Méjico en varias ocasiones, país en el que me he sentido profundamente feliz, la cosa se ha producido ya sin plantear problema. Mi decisión de continuar en el arabismo está totalmente tomada, asentada y me encuentro totalmente satisfecho de seguir en el arabismo.

M.I.L.– Pedro, yo quiero que recordemos los puestos académicos que has desempeñado, que no han sido pocos, porque tu has sido vicesecretario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Autónoma de Madrid, desde 1973-76, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad hasta 1978, rector de la Univer-

sidad Autónoma desde 1978-82, y director del Departamento de Árabe e Islam. En el extranjero, director-técnico del Centro Cultural Hispánico en Egipto, director de la Sección de Español de la Escuela Superior de Lenguas de El Cairo. Yo quisiera que recordaras aquí esta faceta tuya de rector de UAM, el primer rector... (P.M.M.–...elegido democráticamente). Gracias por la ayuda (P.M.M.– Es que ya ha quedado acuñado así). Entonces, tú armas un revuelo terrorífico en aquella época. *El Mundo Obrero, El Socialista* te comparaban con los otros dos rectores, los de la Politécnica y la Complutense, tú eras el que recibía a la gente y el que tenía unas ideas sobre la autonomía universitaria que se adelantaban al momento de la transición de la dictadura a la democracia. Tú, además, y quiero comentarlo porque hoy o ayer estrenamos encuestas en la Universidad, pues quiero decir aquí que P.M.M. inventó una encuesta para la evaluación del profesorado en la UAM de la que creo que sales bien parado. P.M.M.– Osea, que soy productor de malos inventos. Bueno, a pesar de que, como he dicho, yo soy bastante realista y bastante sensato, como todo buen realista tengo una porción de ingenuo e idealista y yo siempre había pensado que una parte del cambio necesario que tenía que producirse en este país tenía que darse en la universidad, ahora ya lo pienso bastante más matizadamente, pero he pensado que la universidad tenía que ser uno de los factores fundamentales de cambio de este país. Punto segundo: yo no he sido un hombre valiente, pero tampoco he sido un timorato, cuando me convenzo que tengo que luchar por algo lo hago de la mejor manera posible y me tiro al ruedo. Así se explica mi permanencia durante bastantes años en la administración universitaria. Quiero aclarar, esto lo sabe poca gente, que durante los años en que fui decano y rector yo seguí dando clase, todas mis clases, y quiero seguir diciendo otra cosa: la persona que consulte mi *curriculum vitae* descubrirá que no dejé tampoco de escribir ni de publicar. Con esto quiero decir que dormía menos, que trabajaba más, que me divertía aparentemente mucho menos y digo aparentemente porque para mí el trabajo es una diversión y no crean que estoy loco o que soy un obseso. Bien, me dediqué al decanato, al rectorado. Yo fue un rector díscolo, parcialmente díscolo como lo he sido en el campo del arabismo, creo que parcialmente díscolo la cosa no tiene mucha importancia, un rector con una serie de estigmas desde un principio que se traducían por los calificativos que me daban, como por ejemplo *el Rector Rojo*, y fui también (y esto no lo sabían hasta ayer las colegas que me acosan) *el Moro Muza*, durante una época de mi rectorado en el Ministerio se me conocía como *el Moro Muza*: “!Que viene el *Moro Muza*, que llama el *Moro Muza*!”. El *Moro Muza* era yo que no tenía una procedencia nórdica sino más bien meridional. Y me apasionó la aventura de hacer mi aportación correspondiente desde perspectivas universitarias en el trance de la gran transformación política, social y cultural que se produce en el país. La gente no lo sabe, en mi familia lo saben pocas personas y

algún muy próximo colega, pero cuando presenté mi candidatura para el rectorado la presenté estrictamente con mi firma, mi candidatura no fue avalada por ninguna firma, no hubo una relación de colegas que avalaran con su firma mi candidatura y no la hubo porque yo no quise. Yo dije muy claramente que mi candidatura no iba avalada por nadie y si sale Pedro Martínez Montávez es porque es el profesor, el investigador, es el que puede posibilitar el que alguien vote a su favor. Punto dos: yo nunca he tenido ningún carné de ningún partido, a mi se me ha dicho que soy de todo y está claro que es así, aunque yo siempre me he entendido mejor con la izquierda que con la derecha, con lo cual no quiere decir que no me pueda entender con la derecha, pero no he tenido ningún carné de ningún partido o colectividad o grupo de presión, y porque yo, que me conozco bien, sé que no tengo capacidad de militante, yo sería un militante nefasto al que a los dos días habría que echar porque reivindicaría su individualismo, su libertad, su identidad y una serie de cuestiones que entiendo que en la mecánica de la militancia no deben funcionar, porque si funcionan el partido se va al traste. Entonces, un tipo como yo no vale para eso y debe mantenerse al margen o debe mantenerse él al margen, y a fin de cuentas que sacas. De la Universidad lo que conoces es el 5% de lo que tendrías que conocer. Mi conocimiento de la universidad vino durante mi época de decano y mi época de rector, mi mayor conocimiento interno, incluso cosas de carácter anecdótico: yo me enteré de que en la universidad teníamos policía, no la que se veía, incluso la que no se veía, la que estaba disimulada de la manera más pintoresca. Un día estaba en el rectorado, tranquilamente viendo papeles y se abre la puerta de forma airada y entra un caballero despendolado y me dice: “¡Contra quien hay que ir!”. Pero así de pronto, yo no lo conocía de nada, vestido de paisano con un traje gris, muy amable después. “Pues mire usted, contra nadie”. “No, no ¿contra quien?”. “Contra nadie, aquí no pasa nada”. “Entonces, ¿para qué me llama usted?” “Yo no lo he llamado para nada”. “Sí, sí, ha sonado el timbre”. “Pero yo no he tocado ningún timbre”. Bueno, lo que había pasado es que se le había habilitado un cubículo a un policía secreta en una dependencia del rectorado y se comunicaba mediante un timbre que se había colocado en el interior de la mesa del rector, yo no lo sabía y una de las veces que me había movido di con la rodilla en el timbre y se desencadenó todo aquello. Esas son las situaciones chistosas, hay otras que no lo son tanto. Pero me enseñó que en la universidad debemos ser autónomos, pero que en ocasiones no sabemos hacer uso de nuestra autonomía. Yo me he llevado una profunda decepción, y no quiero ocultarlo. Buena parte de los universitarios cuando hemos tenido que hacer uso de nuestra autonomía no le hemos sabido hacer, lo hemos hecho mal y nos hemos equivocado en bastantes cosas. Como hay que ser optimistas y como todavía nuestra autonomía es escasa y reciente, soy optimista en el sentido en que vamos viendo cuáles son los límites pro-

piamente universitarios, no puestos por la administración, que la autonomía ha de tener, cuál debe ser el rumbo que la universidad ha de tener, yo sigo creyendo que la universidad es un servicio público vinculado a la sociedad, pero estoy absolutamente en contra de que por frivolidad se pierdan clases, no se asista, hayan unas facultades paralelas junto a lo que paralelamente se desarrolla, todo lo demás que es mucho más bonito, una multiplicidad de actos que va en detrimento de lo que debe mantenerse también, en ese sentido de dosificación de la autonomía y de saber qué hacer con ella sigo manteniendo la mismas posturas que mantuve en un principio.

M.I.L.– ¿Y de la encuesta qué pasó?

P.M.M.– La encuesta sigue bastante bien. A mi hoy concretamente me están haciendo la encuesta en los dos cursos que doy. Ya me avisó la persona que venía de que el día 25 me la hacían y así no me sustituía hoy nadie. Lo que pasa que las encuestas son armas de doble filo. Técnicamente hay que prepararlas muy bien. Los primeros años se preguntaban cosas tan pintorescas, técnicamente se hacían fuera del rectorado, pero con todo el apoyo del mismo y creo que la UAM fue la primera en realizarlas, como: –¿El profesor cuando te ve por el pasillo te saluda o no? Se planteaban las preguntas ya de manera tendenciosa porque la pregunta no era –Cuando el profesor y tú os encontráis por el pasillo ¿os saludáis o no? No, era el profesor el que debía saludar. –El profesor es atento o no en su relación contigo? No recíprocamente. –¿El profesor es atractivo o no? ¡Que más quisiera el profesor que ser atractivo! Pero se va mejorando en esto. Hay ciertas dificultades, por ejemplo, cuando los estudiantes saben que se va a realizar la encuesta vienen menos de los habituales, los estudiantes vienen poco a clase, a veces los profesores también, el día de la encuestas ya no vienen y entonces de veinte o veinticinco se quedan en tres o cuatro y luego el que no viene nunca dice: me voy a vengar del profesor fulanito de tal y contesta a una pregunta como –¿El profesor se ausenta o no, asiste a clase o no? Hay que prepararlas técnicamente pero es un método útil si se realiza con todas las garantías.

M.A.– Yo tengo aquí un apartado al que llamo honores entre comillas y que es: Miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua Árabe de Ammán, conferencias en las universidades de Rabat, Fez, Túnez, Argel, Trípoli, Damasco, El Cairo, Bengasi, Varsovia, Tucumán, etc., y en numerosas ciudades españolas; miembro consultor de la UNESCO para la reforma de la enseñanza Universitaria en Marruecos, fundador y director de *Almenara*, fundador y director de *Al-Rabita*, otra revista, director adjunto de las revistas *Temas Árabes*, *Estudios Palestinos* y *Nuevo Hispanismo* ¿Cómo se puede tener tiempo para hacer tantas cosas?

P.M.M.– Bueno, la verdad es que tampoco he hecho tantas cosas, he hecho las cosas que habitualmente puede hacer uno. ¿Qué cómo se puede tener tiempo? Hay dos tipos de requisitos: unos que vamos a llamarlos materiales inmediatos. Dormir poco, por ejemplo. Yo soy un hombre que duerme poco desde pequeño, desde que tenía 15 o 16 años ya vengo durmiendo poco. Entonces tengo más horas para hacer cosas, concentrándome estrictamente en mi trabajo, dedicándole mucho tiempo. Ahí está mi hija que sabe que yo me paso los fines de semana trabajando en mi casa, me meto el sábado y me quedo hasta el domingo por la noche trabajando, porque me gusta y no tengo necesidad de divertirme. Mi mujer a veces me dice: “¿por qué no vas al cine?”. No, me encuentro bien trabajando, me gusta. De vez en cuando me voy a dar una vuelta, me voy a ver a mis perros, (ya introduzco el tema de que me gustan los perros), o bueno, hago una cosa cualquiera o me tomo un café con un amigo. Esos son los requisitos materiales. Pero insisto mi tiempo está fundamentalmente dedicado a mi trabajo. Junto a esos requisitos hay otros estructurales o de fondo que son los siguientes, esto puede parecer un poco pretencioso: tienes que renunciar a ser un hombre unidimensional, si tienes una sola dimensión, malo porque vas a hacer pocas cosas o quizá vas a hacer muchas, pero de poco valor; renunciar a ser esquemático, yo trato de no ser esquemático en nada, de ir aprendiendo por caminos distintos, antes he indicado algunos, hasta por la TV aprendo, que ya es decir; la radio, yo soy un amante, un aficionado de la radio, yo la oigo a las tres o las cuatro de la mañana, cuando puedo. Tienes que lanzar muchas antenas, yo estoy aprendiendo ahora de cómo me mira la gente, unos están atentos, otros me miran diciendo: –“vaya rollista”– algunos están desesperados, nosotros mismos. Yo estoy aprendiendo ahora de las reacciones de la gente que tengo delante, cómo se va produciendo el proceso de cada uno. A mi me preocupa lo de los toros porque es uno de los pocos momentos en que ves una relación bilateral, por una parte entre dos elementos totalmente descompensados y distintos, pero los dos van evolucionando y cambiando en un corto espacio de tiempo, en quince o veinte minutos nada más. Es apasionante ver esa evolución, como es apasionante ver esa evolución en ti; te recuerdas hace quince o veinte años, hace treinta años y dices: ¿qué tiene que ver este hombre con aquel joven o con aquel adolescente que fui?, pues entrar en esos fondos para mi es una aventura apasionante y seguramente contribuya a seguir medianamente esperanzado y a seguir adelante.

M.A.– ¿Cómo ves el futuro del arabismo contemporáneo?

P.M.M.– Yo lo veo bastante bien, sin exagerar. Hay mucha gente que se dedica a ello, los jóvenes sois muy competentes, hay que decirlo, en conjunto sois más competentes de lo que eramos en nuestra época. Yo con veinticinco años (bueno, vosotras tampoco tenéis ya veinticinco), yo creo que la gente tiene una formación más

plural y más diversa y pone más de su propia cosecha y eso es bueno y enriquecedor. A mi lo que me asusta es una cosa, y es que se vayan por ahí propiciándose mensajes de que el arabismo necesita una dedicación similar a otras disciplinas. Eso es falso, necesita más, eso de que el arabismo es compaginable con muchas cosas, cierto que es compaginable, pero no con muchas cosas, es verdad que debe ser así, pero no con muchas cosas. Esto de que los maestros no hacen falta para nada no es verdad, los maestros seguimos haciendo falta para algo. Yo se lo decía a mis colegas: “si yo como maestro llego a la conclusión de que no hago falta para nada, lo que haría sería marcharme a mi casa, solicitaba mi cese y me iba, ¿para qué voy a estar donde no hago falta?”. Entre otras cuestiones, otra idea que se puede mantener también es que todo se puede conseguir por la vía teórica y no hace falta la vía práctica. Esto se puede concretar en una fórmula muy sencilla: hace falta tanto viajar como leer, viajar y leer en la misma proporción, ver y leer de igual manera. Dentro de ese marco y si recibimos, no digo el apoyo que hasta ahora nos han dado porque ha sido bastante escaso y si recibimos el mismo pues la cosa va a ser un poco triste, pero si se aumenta esa atención, ese apoyo, y el arabismo cultural y socialmente va en la línea ascendente de mayor amplitud que últimamente se va produciendo, yo creo que tenemos que ser optimistas en el arabismo como en otras muchas cosas de este país.

M.A.— Tu compromiso con la causa palestina ¿qué te ha supuesto profesionalmente?

P.M.M.— Profesionalmente mucho trastorno y a lo mejor la renuncia de un hipotético cargo importante que en este país se me habría podido dar, bueno no la renuncia, pero sí el hecho de que no se me ofreciera y de eso tengo constancia personal. Me ha producido todo eso. Tomar el camino de los perdedores es complicado, porque además el enemigo es muy fuerte, está técnica y tácticamente perfectamente organizado, el enemigo es muy hábil y va a hacer las cosas bien, esto hay que reconocerlo. Cuando tú quieres luchar contra alguien, si sabiendo que es una persona muy competente tú dices ese es un majadero, quien se equivoca eres tú y el que va a sufrir las consecuencias eres tú. No, no, el enemigo de lo palestino, y no me estoy refiriendo a uno sólo, sino a los numerosos que hay, es muy poderoso y está muy bien organizado, sabe perfectamente lo que hay que hacer y lo hace de una manera rigurosa e implacable. Ahora, frente a esas mermas, perjuicios y dificultades que me ha producido, me ha producido unas satisfacciones extraordinarias, admirables; por ejemplo, el abrazo de mujeres palestinas de sesenta o setenta años, la mirada bobalicona y enternecedora de los niños palestinos que en las escuelas están siendo enseñados por sus maestros y tantas cosas similares que puestas en el platillo de la balanza... y además, como lo he elegido yo, es una decisión personal que he tomado, como tantas otras, pues ese platillo de la balanza superas con creces al otro que ha sido perjudicial. Eso también lo tengo claro y eso va a continuar.

M.I.L.– Pedro, para terminar (P.M.M.– Sí, porque si no nos asesinan). Sí, nos va a dar algo con el calor que hace. Has hablado de que te sientes un andaluz en lejanía, de lejanías, pero hay una cercanía tuya con respecto a Andalucía, quiero recordar aquí que su pueblo, Jódar, le hizo en el 87 un homenaje, se le nombro Hijo Predilecto de esta ciudad, incluso se le dedicó allí una calle. Yo te recuerdo descubriendo el nombre y recoméndandole a la gente que no la llamaran por tu nombre, con lo que dejaste a los del Ayuntamiento..., él se siente apegado a Andalucía e incluso con nuestra ciudad, con Granada tiene una especial relación de coquetería, en concreto con la Alhambra (P.M.M.– No, de coquetería no, de profundo amor por mi parte) mucho mejor.

Dinos algo, para terminar sobre Granada, la Alhambra y todos nosotros.

P.M.M.– Quiero evitar los tópicos, los lugares comunes y otras cuestiones por el estilo. Si yo me siento andaluz es porque amo profundamente a Andalucía y porque Andalucía me parece una cosa a la que llevo buscando mucho tiempo. Es la formulación de una cultura que me caiga próxima. Y quizá la cultura, no digo que comparta plenamente, pero es la que está más cerca de ser compartida por mi y entenderla plenamente, No la cultural ideal porque eso jamás se consigue, es difícil conseguir las cosas absolutas y totales, pero sí lo más aproximado y Andalucía es para mi eso y cada vez va siendo más eso. Por ver cómo lo siento yo en la frase de algunos de sus poetas, Andalucía es para mi como dice Fernando Quiñones en un poema cuando se refiere a lo andaluz, dice: “es una secreta máquina de llanto”. No hay una definición más bonita que esa de un andaluz emigrado, de un morisco, no la he encontrado en muchas ocasiones; o la de Ricardo Molina cuando ve la Alhambra: “Esa melancolía de codiciado eterno, el goce cuyas esencias duran un instante”. Ese juego con los tiempos y los espacios, con los sentimientos que tiene el andaluz, esa capacidad que tiene el andaluz para aceptar las cosas sin someterse servilmente a ellas, es una cualidad profundamente andaluza, que quizá también lo sea profundamente árabe e islámica, entablar una dialéctica de relación, lo he ido descubriendo en Andalucía poco a poco. Cómo no se va a sentir uno emocionado cuando le dedican una calle en la que está la casa en la que has nacido, en la que se ha muerto tu madre cuando tenías tres años y la has visto muerta y junto a ella has visto muerto al posible hermano que ibas a tener y que no tuviste, cómo no te vas a sentir emocionado y cómo no te vas a vincular a esas cosas; pero la calle estaba bien nombrada antes y ahora está mal nombrada. A mi me parece mal que se llame Pedro Martínez Montávez cuando antes tenía un nombre tan bonito como el de Vistahermosa, no debería haber sido cambiada de nombre jamás, ni por el mío ni por el del Cid Campeador, tiene un nombre precioso y hay que dejarla así. Granada, vosotras lo sabéis, a mi por Granada me gusta pasear porque me sorprende siempre, con Granada pasa como con Estambul que te

va ofreciendo un marco de referencias diferentes; allí te sorprende el mar, en Granada el monte. Me gusta pasar de las zonas de la ciudad más frecuentadas a aquellas en las que encuentras muy poca gente y eso se produce en cincuenta o cien metros, eso es muy de ciudad árabe. Una ciudad árabe se define así, tú estás aquí paseando y parece que estás en una verbena, te cruzas y puedes encontrarte solo o casi solo. Eso pasa en Granada y en las ciudades árabes. Bueno, ese idilio, no, ese amor, lo que pasa que es un amor que no tengo sólo por Granada, yo no voy a halagar el oído localista, es un amor que tengo por Granada, por Córdoba, por Sevilla, por Málaga, pero también por Santiago de Compostela, por Cuenca o por Ciudad Rodrigo, por la Seo de Urgel, o por Valencia o por Méjico, o por Florencia, o por Moscú o por Estambul, o por otros tantos sitios. Para mí una ciudad es un objeto de amor único, es una experiencia inolvidable, es algo parecido a esa anécdota que cuentan del Viti, el torero, (con eso voy a terminar y antes voy a daros las gracias, a vosotras a los organizadores, a los asistentes por haber aguantado aquí), pero amar a una ciudad, a un país, para mí Andalucía es tan país que ni tiene que preocuparse por demostrarlo, como es país y cultura y casi desde el punto de vista geográfico, a lo mejor el Decano que es geógrafo..., es eso plenamente y amar una ciudad, un país o una nación, sentirme profundamente andaluz no me impide sentirme profundamente español, ni aceptar otras formulaciones que puedan venir desde el ámbito periférico, en absoluto, son formulaciones de los hispánicos que trato de integrar, es una experiencia apasionante y era lo que iba a decir del Viti. Vosotros sabéis que hay mucha literatura de eso de la teoría del toreo y la erótica. Una anécdota que ha contado el profesor Amorrós y dice que a Santiago Martín, el Viti, le preguntaron: “¿es verdad que al toro se le puede amar como a una mujer?”. Santiago se quedó callado y estuvo un momento meditando y dijo: “Más”. Yo no quiero decir que esto pase con las ciudades, pero si que se las ama profundísimamente, yo las amo y una de ellas es Granada. Ahora, después de la paciencia que ha tenido toda esta gente toda esta familia para aguantarme pues mucho más todavía.

M.I.L – Ya que estamos puestos (P.M.M.– Ahora va la puntilla) agradecerte también a ti el haber estado con nosotros y decirte que no estoy de acuerdo con lo que decías al principio, que el Intelectual y su Memoria es un acto que se merecía Pedro, que teníamos que tenerlo en la biblioteca, a pesar de no estar jubilado y que le falta todavía (P.M.M.– No tanto, nueve años), pues son muchos años. Muchas gracias a todos.

El profesor Pedro Martínez Montávez el día de su investidura como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Jaén (30/06/2003)

A la derecha del profesor Martínez Montávez el Rector de la Universidad de Jaén y a su izquierda la madrina de la investidura Dra. Guadalupe Sáiz